

do añejas preocupaciones, y entrando de lleno en la senda que la Higiene, astro de primera magnitud, ilumina con eterna y resplandeciente claridad. Y si es verdad que la niñez masculina necesita una educación vigorizadora para que dejemos de ver hombres en la plenitud de su fuerza por las calles, con oficios ajenos á las energías varoniles, también es verdad que la niñez femenina está pidiendo á gritos que se la redima del doloroso martirio de andar con pasitos menudos, gritar y caer desmayada al más inverosímil asomo de peligro. No; la educación científica moderna rechaza esa clase de criaturas endebles y quebradizas como juguetes de cristal, y forma varones fuertes para la lucha por la vida, y mujeres bien preparadas para llenar en el seno del hogar la más augusta de las misiones, la de madre de familia.

Ni el culto de la fuerza con abandono de la inteligencia, como lo hacían los pueblos primitivos, ni el culto de la inteligencia con abandono de la fuerza, como se hizo después, son el ideal docente de la actualidad, sino el desarrollo harmónico y simultáneo de todos los elementos que constituyen esta preciosa máquina humana, en torno de la cual irradia como aureola el alma, destello purísimo de la Divinidad.

México, Junio 27 de 1903.

BEATRIZ DEMONGÍN.

EL JAPÓN.

Después de laboriosas y seculares elucubraciones, la ciencia ha presentado á las inquietas miradas del observador, ese armonioso conjunto de verdades que forman las fases principales en el poema de la creación.

En el principio, dice la ciencia moderna, la materia primitiva remolineábase en el espacio, inmensa y sutil, y la fuerza que en todas sus partes la animaba, se manifestaba en tremendas pulsaciones, creando varios centros de movimiento, que fueron dividiendo aquel confuso caos, y que, dispersando fragmentos fluidos separados desde entonces por horribles abismos los unos de los otros, constituyeron las nebulosas.

Estas, en su movimiento vertiginoso, se apartaron, y condensadas, formaron esas resplandecientes estrellas que se cuentan á millares, y de muchas de las cuales ni conocemos sus dimensiones exactas, ni podemos medir la distancia que las separa, ni descubrir la extensión de sus órbitas, ni contar su historia. siendo una de tantas, el centro de nuestro sistema planetario, centro de donde depende la tierra que habitamos.

¿Cuándo se rompieron los anillos con que el sol, girando sobre su eje, había rodeado la esfera luminosa?

No lo sabemos; pero el hecho es, que parte de uno de esos anillos, se convirtió en nuestro planeta.

La tierra, incandescente al principio, como el sol de quien procede, y cuyo impulso recibe constantemente, fué apagándose después poco á poco, á medida que sus elementos se condensaban. Y cuando las substancias volatilizadas por el calor pasaron al estado líquido, cuando los metales fundidos descendieron como lluvia torrencial, de las alturas atmosféricas, cuando los cuerpos, precipitados á impulsos del calor, cubrieron como un escudo la incandescente piroesfera, cuando el agua, llenando las mayores depresiones y flotando en vapores condensados, envolvió como un lienzo los primeros depósitos, y la tierra, sumergida en las tinieblas, dejó de ser una estrella, entonces terminó el período cósmico, comenzando el período geológico en una época de muerte.

Mas en lo profundo de las aguas, las fuerzas físicas y químicas ejercieron su acción poderosa; y bajo su constante influjo se formaron sedimentos, se metamorfosearon y aumentaron incesantemente el espesor del robusto casco que contiene los impetuosos hervores de la piroesfera, sin que los ímpetus de ésta, pudiesen ser comprimidos enteramente, pues que dilatándose como el oprimido pecho de un gigante, lanzó de su seno con pavorosas explosiones, vastos levantamientos. Entonces aparecen los terrenos, y la naturaleza comenzó á vivir.

El pequeño período de tiempo á que debo ceñir mi discurso, no me permite entrar en pormenores de esos períodos paleontológicos que, según la ciencia, cada uno de ellos necesitó centenares de siglos. Pero ya que es cosa bien manifiesta que la tremenda antigüedad es-

tá escrita con caracteres indelebles en esas arrugas gigantescas que hoy forman inmensas cordilleras, sólo me fijaré en ese punto de nuestro planeta que llamamos Japón, sobre el cual haré no un estudio, sino una ligera reseña, confiada en la benevolencia de mi auditorio.

Al Oriente de la Mandchuria y Corea, se extiende el nublado y tempestuoso mar del Japón, cuyas aguas, convertidas en veloces ondas, y levantando copos de blanca ó dorada espuma, van á morir en las del majestuoso océano, dejando circundado al vasto imperio.

El numeroso conjunto de islas que forman el archipiélago, llega á 3,850, siendo las principales la de Nipón Kiu-siu, Sikof, Sado, Oki, Tosima, Tonega-sima, Hikiay, Jacobro-sima, formando el Japón propiamente dicho, las de Yeso, Tarakay, Husasir, Iturup, Urup y en general, las Kuriles, que forman la provincia del Mastmai.

La más importante de las islas, es la de Nipón; sus escarpadas costas abundan en rocas, batidas por las aguas del sombrío mar; su suelo, poco fértil, y erizado de montañas, está expuesto á violentas conmociones subterráneas y á estragos terribles; las principales eminencias son: El Fusigama y Norikurayama. El radiante sol, llenando el horizonte de resplandores de oro, ilumina sus cimas, que permanecen ocultas, durante el crudo invierno, bajo una espesa capa de nieve.....

La esterilidad del terreno, vencida por la abundancia de las lluvias, los abonos, y el excesivo trabajo, desaparece bajo una espesa capa de vegetación, extendiéndose en las llanuras y faldas de las montañas, y ofreciendo muchas plantas desconocidas en nuestras regiones.

Abundantes tuyas y otras coníferas, forman bóvedas de verdura, en las que los rayos del sol naciente, reflejados por las nubes, tamizan su argentada luz á través de las tupidas hojas cuajadas de rocío. En las bien cultivadas campiñas, y por cauces que abrió Naturaleza, en la peña viva, serpean las corrientes rápidas é impetuosas del Yusigava y Todogava, y se ven crecer, al pie de los cocoteros y las palmeras, lianas de toda suerte, plantas trepadoras, gala de aquella espléndida vegetación.

Otro de los ríos notables es el Aragava, que al precipitarse en el golfo de Yedo ó Tokio, se bifurca en dos brazos el Tonegava y Todogava. Llama la atención de geógrafos y viajeros, el golfo en que éstos desembocan, que, aunque de escaso fondo, ostenta el hermoso puerto de Yokohama.

Cerca de este puerto, hacia el Norte, se encuentra la ciudad de Yedo, una de las más populosas del Japón, capital del imperio y residencia del Emperador. Hasta el segundo tercio del siglo pasado, su palacio consistía en un gran número de habitaciones, con los techos adornados con dragones y columnas de cedro y alcanfor, y su mobiliario se componía de esteras blancas, guarnecidas de franjas de oro. El exterior, se hallaba rodeado de puentes levadizos.

Ahora Yedo es distinta, sobre todo en los departamentos de la residencia imperial, pues ha entrado de lleno en la civilización europea.

Abandonando esta isla y pasando á las Kiu-siu y Sikof, situadas en el extremo septentrional, sólo me limitaré á decir, que la naturaleza las ha dotado con sus mejores galas.

La isla de Yeso por todas partes presenta elevadas montañas, reina allí deliciosa primavera y se eleva el

sol, cada día más, sobre el horizonte; derrite las nevadas cumbres formando cristalinos arroyuelos, cuyas aguas, convertidas en espumas hervidoras, van á perderse en los mares que las circundan.

En los ricos bosques, los pinos abundan tanto, como las más variadas flores que abren tímidamente sus corolas y enseñan la gota brillante que el rocío ha depositado en su seno durante la noche. Las montañas abundan en oro, plata y plomo; y como el clima es más frío que lo que indica su latitud, desde el mes de Noviembre hasta el de Abril la nieve no sólo cubre las montañas, sino los llanos y valles de la parte meridional.

Al Norte de la de Yeso, se prolonga la cadena de las Kuriles, dependientes del Imperio japonés, y que constituyen con la mencionada de Yeso, la provincia del Mastmai, siendo las principales: Kumasir, Sikotán, Iturup y Urup.

Kumasir, separada de la isla de Yeso por el estrecho de su nombre, tiene 106 kilómetros de largo por 25 de ancho, ostentando los montes María, Antonia, y el terrible volcán de Isinsianoburi, que alza al cielo su frente de diamante, y aparece deslumbrador y magnífico en medio de las nubes de nácar y gualda.

La Iturup, isla de los navegantes holandeses, es la mayor de las Kuriles, separada al Sur por el estrecho de Vrien, de la isla Urup, que ofrece en su parte meridional el monte Kevión.

El clima, en la mayor parte de las islas que constituyen el Japón, experimenta extremosos cambios.

El verano, mitigado por una leve brisa de mar que apenas agita las hojas de los árboles y las espigas, hace sentir una suave frescura; mas, durante la noche, los truenos y las tempestades son muy frecuentes.

En invierno, las brisas soplan del N. ó NE., impregnadas de partículas de nieve.

Las producciones minerales son: oro, cuyas minas más abundantes y ricas se encuentran en Sado, próxima á la de Nipón; plata y cobre, que constituyen los más importantes artículos de exportación. Ambar amarillo y gris, ágatas encarnadas y jaspeadas de blanco, que se utilizan en la fabricación de botones y cajas de rapé.

En las faldas de las colinas se forman terraplenes sembrados de arroz, que constituyen el principal alimento, y en menor escala, maíz y cebada.

Hay mucha semejanza entre las plantas de la China y del Japón, lo que quizá proviene de un cambio mutuo de vegetales útiles. El arbusto del té crece sin cultivo en los setos y vallados, jengibre, los más hermosos bambúes y cañas de la India, que abundan en los pantanos y terrenos húmedos, pimienta negra, añil, laureles de la India, alcanfor cica y mimosas arborescentes que adornaban las orillas del mar.

La seda, el algodón, proporcionan telas delgadas y ligeras, con que se suplen las de lana.

La industria japonesa, por largo tiempo, se pasó sin cabras ni carneros, porque los consideraban como animales dañinos á la agricultura. En las faenas de ésta se utilizan de preferencia los búfalos.

En las cacerías se ven gansos silvestres, perdices, faisanes, lobos, zorros y osos cuya carne se come con tanta estimación como en otros países la del carnero.

Mas no es precisamente la exuberancia de la tierra ni su feracidad ni sus riquezas, lo que debe llamar la atención al fijar nuestras miradas sobre ese punto de nuestro globo. Bien está que la naturaleza cuente allí

con frondosas arboledas y tupidos céspedes á la sombra amiga de aquéllas; que sazone y llene sus frutos con sabroso y exquisito jugo; que desarrolle celajes maravillosos, formando cuadros llenos de ilusión en el horizonte; que produzcan inefables armonías sus aguas murmurantes, y pájaros cantores; que derrame la ilusión en avenidas torrenciales desde lo alto de sus fantasmagóricas nubes. Todo esto es muy bello, muy hermoso; pero si la civilización no hubiera posado ahí su mano bienhechora, el alma del hombre, que es el ser que puede empuñar esa antorcha luminosa, no se elevaría con las frescas y perfumadas brisas de la tarde; ni tampoco podría eternizarse en la inmovilidad de los grandes árboles ó en las mudas rocas, el recuerdo de los idilios que hubieran podido grabarse en ellos.

Por largos años la civilización del Japón pareció que iba á permanecer estacionaria, como la de la China; pero, teniendo los japoneses una idea más levantada de la libertad política, y un carácter más varonil, dejaron ver estos gérmenes de perfectibilidad, una hermosa perspectiva formada con la esperanza de una revolución moral que estallaría en la sucesión de los tiempos; pues que el tránsito al estado de perfección social no es obra del momento: es una obra muy difícil, que cuesta tiempo y que exige una serie de circunstancias felices para que el bálsamo regenerador pueda deslizarse suavemente en la organización de las naciones.

Hace ya sesenta siglos que la sociedad humana ha cubierto con sus instituciones el camino de la historia, más fuerte que el tiempo, ha resistido á todos los desastres, rejuveneciéndose constantemente en las ruinas donde se han sepultado los pueblos ya gastados; ella es la que ha conducido nuestra infancia en los azares de

las emigraciones primitivas, y la que nos ha repartido la tierra; ella es la que, después de habernos dispersado por todas las regiones habitables, nos ha reunido á pesar de los huracanes, de los desiertos y los furios del Océano, por medio del buen sentido, que es el que une todos los seres inteligentes, y cuyo fondo social se compone de los primeros rudimentos de la lógica y de la moral, de las primeras verdades matemáticas y de los fenómenos comunes de la naturaleza.

Ella, es decir, la sociedad, es la que ha edificado ciudades célebres en las que, fundando las ciencias, promoviendo las artes, propagando las letras y elevando á la perfección el espíritu del hombre, ha hecho que su corazón haya podido concebir el sentimiento generoso del patriotismo al ofrecerle la ocasión de todo género de sacrificios. Y, por fin, ella es el modo de ser permanente, de nuestra vida terrestre, pues aunque el viajero descubra aún, en el fondo de los bosques, ó en los escarpados bordes de las islas extraviadas, tribus privadas de toda civilización, observará en ellas, sin embargo, algunos destellos del estado social, pues si el hombre ha de vivir según su constitución primitiva, debe necesariamente ser sociable.

En vista de todo esto, bien se ve la causa de que las naciones, al llegar al apogeo de la civilización, han tenido por divisa este lema: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, el cual es, en efecto, una parte de la carta primitiva que unía á los nombres entre sí; pero no es toda ella. Esta es, realmente, la carta de los derechos; pero no la de los deberes, pues el hombre que vive en sociedad, no puede pasar sin deberes, así como sin derechos.

Si le es necesaria la libertad para permanecer criatura moral y no ser sofocada en las opresiones de una

dominación injusta y exagerada, le es también necesaria la obediencia para permanecer en el hogar vivo que le hace una nación con el auxilio de una ley común y sagrada. Si la igualdad es necesaria para no decaer del rango en que el Creador le ha colocado por un origen común con todos sus semejantes, la jerarquía le es también necesaria para no decaer por falta de un jefe ó de alguna autoridad en la impotencia de la disolución individual que haría descender á la patria por la triste pendiente de la decadencia nacional; si la fraternidad le es necesaria para que un sentimiento de confianza y de amor ensanche los estrechos lazos del orden social para que la humanidad permanezca como una gran familia salida de un padre común, la veneración también le es necesaria para reconocer y fortificar la autoridad, ya sea de la edad, ya de la magistratura, y ya de la virtud y del progreso de las leyes.

Para fundar, pues, instituciones duraderas, debería-se escribir sobre la palabra *libertad* la palabra *obediencia*, sobre la de igualdad la de jerarquía, y sobre la palabra fraternidad la palabra veneración, y sobre el símbolo augusto de los derechos, el símbolo divino de los deberes.

Consideremos ahora las leyes del Japón al través de los siglos, y veremos que han sido pocas, pero siempre obedecidas sin reserva.

Ellas imponen como deber político la educación moral de los hijos, siendo sus padres y parientes los que deben responder de los crímenes de aquéllos cuyos vicios deberían haber corregido desde el principio. La policía se recomienda por la vigilancia que ejerce; y en cada pueblo hay un lugar rodeado de una verja en medio de la cual está una inscripción que en gruesos caracteres ofrece al transeunte un pequeño código de policía.

Con respecto al trabajo, que es otro de los principales elementos de la civilización, los japoneses se han distinguido hasta aventajar en algunas artes á la industria europea.

Tienen excelentes obreros en cobre, hierro, y, sobre todo, para armas blancas.

Abundan allí cristalerías, en las que se ha llegado á tal perfección para elaborar objetos de cristal, que sus artefactos han servido para construir magníficos telescopios.

Los japoneses cultivan con gran éxito la literatura y la poesía, particularmente melodiosa, por la especial dulzura de la lengua que se habla en el imperio del sol naciente.

Por el año de 1873, las principales islas quedaron comunicadas por hilos telegráficos entre sí, y con todas las diversas naciones de Asia y Europa. En tanto que sus puertos de Nagasaki, Osaka, Hiogo, Kioto, Yokohama, quedaron abiertos al comercio universal, rompiendo el tradicional egoísmo de la civilización mongólica.

La obediencia, pues, á sus leyes, el amor al trabajo, á las ciencias y á las letras, la veneración á la justicia y á la fraternidad, y la poderosa iniciativa de un soberano sabio y enérgico, son los elementos con que ha entrado victoriosamente el Japón en concierto de las naciones civilizadas.

Honda admiración y viva simpatía he sentido al estudiar á ese pueblo que supo romper con seculares tradiciones y rutinarias costumbres arraigadas en todas las clases sociales; y que, mariposa del progreso humano, dejando un día el viejo capullo, tendió las alas para recorrer todas las cimas y bañarse en la luz de todos los cielos.

DOLORÉS ZEPEDA.

México, Julio 4 de 1903.

LOS SENTIMIENTOS Á LA LUZ DE LA FILOSOFÍA.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

Las ideas nuevas, las ideas que pugnan con creencias incrustadas en nuestra mente por un fenómeno que podría llamarse de atavismo intelectual, y que hasta nosotros llegan de generación en generación, son difíciles de sostener y más aún de comprobar.

Por esto, hoy, que vengo á tratar del espíritu estableciendo conceptos no trillados, lo hago con la esperanza de poder desvanecer con la implacable verdad de ellos, erróneas ideas, verdadera polilla de los siglos, que ya es tiempo cedan al empuje avasallador de la moderna lógica.

El espíritu no es sino el principio potente de la vida que se manifiesta tanto en el más imperfecto ser de la creación, cuanto en los organismos complicados y maravillosos, y que se revela en el rudimentario instinto del zoófito, tanto cuanto en las sublimes concepciones de los Reyes de la idea, que han asombrado al mundo con su talento.